

## RESEÑA DE REVISTAS

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA. México, 1951, año V.

Núm. 1:

AMADO ALONSO, *La pronunciación francesa de la ç y de la z españolas*. Págs. 1-37.

La pronunciación de los españoles del siglo xvi tenía sus variantes, pero había ya un ideal nacional de la lengua que se ajustaba particularmente a la modalidad toledana. En este español de base toledana la ç y la z eran africadas como las *zz aspra* y *dolce* de los italianos. A mitad del siglo ya era la z fricativa y al final se hizo además sorda; la ç, por ser de articulación dura, resistió medio siglo largo más que la z, pero le siguió al fin en el ablandamiento articulatorio y ambas se igualaron en un solo sonido, no aún el moderno, pero heterogéneo, con el de la s castellana, de la francesa y de cualquier otra lengua europea.

En contradicción con estas noticias, una serie bastante larga de gramáticos de la lengua francesa — Alonso los cita y estudia críticamente — igualan la ç y la z castellanas con las francesas, lo mismo cuando las españolas tenían su antigua pronunciación africada que cuando ya se habían hecho fricativas. La igualación no se debía a impericia auditiva sino que simplemente respondía a una tradición práctica francesa indulgente con las dificultades de la pronunciación extranjera, una tradición documentada ya en el siglo xv. Los franceses vinieron equiparando nuestra ç a la suya lo mismo cuando era *ts* que cuando se hizo fricativa ápicodental, que cuando ya era *θ* moderna, durante casi tres siglos, antes de la gran revolución fonética del sistema español en el siglo xvi, durante la crisis, y aun después, en la época moderna. Esto impide tomar la caracterización de los franceses en su conjunto como un dato auxiliar para el conocimiento de la historia fonética de la c y la z españolas.

Núm. 2:

AMADO ALONSO, *Formación del timbre ciceante en la c, z españolas*. Págs. 121-172.

El autor pasa revista a una larga serie de gramáticos ingleses del español que va desde mediados del siglo xvi hasta fines del xviii para

comprobar que no encontró una sola referencia de *c*, *z* española al *th* del inglés. Ese silencio, comenta, es significativo en unos, y manifestación de ignorancia o desinterés en otros. Luego analiza otros gramáticos extranjeros de lengua española que según sus noticias igualaban la *ce* con la *s*. Como balance del estudio resulta que todos estos autores necesitan ponerse en careo con los españoles que escribieron para extranjeros y con las descripciones españolas de estos sonidos para entrever o descubrir la gran complejidad fonética, geográfica y social, que tuvo la evolución de la *c* y la *z* desde su estructura de africadas siseadas hasta la moderna de la *θ*.

GIANFRANCO CONTINI, *Sobre la desaparición de la correlación de sonoridad en castellano*. Págs. 173-182.

De toda la Romania el castellano es la lengua cuyo consonantismo presenta en su período histórico la alteración más revolucionaria. En el conjunto de estos fenómenos diacrónicos el rasgo más característico es la desaparición de la correlación de sonoridad en las sibilantes ( $j=x$ ,  $z=\zeta$ ,  $s=ss$ ). La innovación se presenta en un núcleo de consonantes orales, formado por una serie labial ( $p:b$ ,  $f:v$ ), una dental ( $t:d$ ,  $\zeta:z$ ,  $ss:s$ ) y una palato-velar ( $c:g$ ,  $x:j$ ,  $ch:y$ ). El autor analiza las condiciones peculiares en que se produce esa pérdida de correlación sonora (representada por  $z, s, g, j$  medievales), y concluye afirmando que en las regiones donde  $y > \check{g}, \check{z}$ , se forma una unidad sonora correspondiente, aunque no siempre fonéticamente, a la sorda *ch*, y que si esa nueva correlación *ch-y* se mantiene sin ser absorbida, podría suceder que repercutiera ulteriormente sobre la estructura del consonantismo castellano.

Núm. 3:

AMADO ALONSO, *Formación del timbre cicecante en la c, z española* (II). Págs. 263-312.

Se analizan numerosas gramáticas, para extranjeros y de lenguas extranjeras, con el resultado de poder afirmar que la pronunciación plenamente ciceada de la *c* está fuera de duda para el siglo xix y para el último cuarto del xviii. El autor cree también seguro que no lo era plenamente aún en el siglo xvii, sino que desde mediado el siglo xvi adquirió la *c*, y antes la *z*, un ciceo incipiente que se fue intensificando y generalizando durante casi dos siglos.

Teniendo en cuenta, entre otros datos, que a partir de 1784 se hace corriente la equiparación de la *c*, *z* con la *th* inglesa, Alonso conjetura como cosa razonable que el ciceo completo de la *c*, *z* se debió generalizar en castellano hacia la mitad del siglo xviii. El que nuestra *c*, *z* sea hoy más interdental que la *th* inglesa denuncia que si en su evolución secular todavía no había alcanzado del todo hacia 1700 el grado de

interdentalización de la *th*, ahora en el siglo xx lo ha sobrepasado. De donde resulta que, aunque en opinión de Alonso la *c*, *z* ya era hacia 1750 plenamente ciceada, todavía le quedaba campo libre para evolucionar dentro del ciceo, y que con toda probabilidad evolucionó aun después de esa fecha hasta su extremada articulación actual. Como el efecto acústico de la *c*, *z* es semejante al de la *f* (*Felipe: Celipe*) y este trueque es moderno, se deduce además de esto, que el timbre actual de la *c*, *z* es también moderno.

Año VI, 1952.

Núm. 1:

FRITZ KRÜGER, *Acerca de las raíces onomatopéyicas casc-, cosc-, coc- y croc-*. Págs. 1-32.

El autor hace un largo estudio de estas raíces para poner en evidencia el interés que la observación de fenómenos onomatopéyicos puede prestar al estudio etimológico y semántico de las palabras.

Núm. 2:

PETER BOYD-BOWMAN, *La pérdida de vocales átonas en la altiplanicie mexicana*. Págs. 138-139.

Uno de los rasgos fonéticos más llamativos de la altiplanicie mexicana es la abreviación o pérdida completa de vocales inacentuadas. La vocal perdida puede ser una *i* (*cam'sita*), una *e* (*Lop's*), una *o* (*est's asunt's*), una *u* (*s'pongo*). La *a* se muestra más resistente. De los ejemplos que Boyd-Bowman cita, deduce él mismo que la vocal inacentuada breve tiene una marcada tendencia a desaparecer entre *s* y las oclusivas sordas *p*, *t*, *k*, especialmente en final de palabra. Fenómeno semejante se da en Bogotá entre personas de todas las clases sociales cuando hablan de prisa, pero quizás no sea tan frecuente como en México.

RICHARD L. PREDMORE, *El sufijo -al en el español de Guatemala*. Págs. 140-144.

En Guatemala el sufijo *-al* tiene extraordinaria vitalidad. Sirve para crear palabras que significan: 1) planta, 2) planta o conjunto de plantas en un lugar, 3) conjunto de plantas exclusivamente, 4) lugar o abundancia, y 5) aumentativo. Predmore quiere demostrar que este sufijo ha encontrado en el ambiente guatemalteco condiciones que favorecen su aceptación y nutren su vitalidad.

Núm. 3:

YAKOV MALKIEL, *La familia léxica lazerar, laz(d)rar, lazeria. Estudios de paleontología lingüística*. Págs. 209-276.

Estudia el autor el origen de estas palabras castellanas. Para esto hace primero una historia de las hipótesis etimológicas que se han aceptado durante tres siglos y medio: 1<sup>ª</sup>) el verbo viene del nombre *Lázaro*, 2<sup>ª</sup>) viene del latín *lacerō-āre* 'despedazar'. Luego recoge y clasifica las variantes principales, saca a luz otras, sobre todo de manuscritos arcaicos, trata de delimitar geográfica y cronológicamente aquéllas. En seguida hace varios análisis de esos materiales: 1<sup>º</sup>) fonológico, con la conclusión de que el origen de *lazerar* es *lacerāre*; 2<sup>º</sup>) morfológico, con el mismo resultado; 3<sup>º</sup>) sintáctico, que favorece también al verbo latino, pero con dudas, y 4<sup>º</sup>) semántico, con un resultado que no se opone a la etimología fonética y morfológica. Después inserta M. un breve capítulo especial sobre *Lázaro* y *lazerar* en gallegoportugués y otro sobre la distribución de *gafo* y *laz(d)rado*.

El autor presenta una grandísima cantidad de datos de primera mano, analiza las grafías rivales, las distintas estructuras silábicas, los grupos de consonantes que alternan, las familias léxicas que de un modo u otro rozaron o cruzaron la órbita de las voces estudiadas, los sinónimos, antónimos y homónimos, los dobles cultos, los equivalentes en otros idiomas, las condiciones históricas, siguiendo siempre una estrategia cuidadosa, utilizando criterios distintos, material y enfoque nuevos, aparato técnico abrumador. Conclusión del estudio es que el verdadero origen de *lazerar* está en el latín *lacerare*. Todo esto, dice el autor, aclara el caso en cuestión y amplía nuestros conocimientos metodológicos y teóricos.

DENAH LEVY, *La pronunciación del sefardí esmirniano de Nueva York*. Págs. 277-281.

El autor escribe una interesante nota sobre el vocalismo y el consonantismo de este dialecto judeo-español, que, según él, se caracteriza por las vocales tónicas abiertas y las átonas cerradas, por la aspiración de la semiconsonante *w* precedida de *s-*, por la *i* silábica que precede a la *n* palatalizada de ciertas palabras (nudo: *iñudo*, nervio: *iñervo*), por la falta de *r* fuerte (tiene sólo *r* vibrante simple), por la *s* líquida y la sonorización de la *-s*.

LUIS FLÓREZ.

LES LETTRES ROMANES. Université Catholique de Louvain. Tomos VI y VII, 1952-1953.

Tomo VI, 1952.

Nº 1: A. PRIOULT, *La date de composition des "Mémoires sur les Grands-jours d'Auvergne" et le silence de Fléchier*, págs. 3-22. PIERRE